



J. PÉREZ-FONCEA

FUEGO EN EL MISSISSIPI

Nueva Orleans, 1781:
Estados Unidos necesita a España para lograr su independencia...

La participación española en la independencia de Estados Unidos fue decisiva. En esta novela se narran con viveza la crucial victoria de Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana, en la batalla de Pensacola; el apoyo económico de la Corona, reunido en cantidad y tiempo inverosímiles, al decisivo combate naval de Chesapeake; y el apoyo logístico a los rebeldes, abriéndoles la navegación del Misisipi.

Precisamente a Nueva Orleans llega el protagonista de esta novela, Alfonso Salazar. La ciudad bulle, inquieta ante la rebelión de las colonias británicas y el papel que el Rey Carlos III va a asumir en ella. Alfonso asume el nombre e identidad de Alphonse de Cavnignac para ponerse al servicio de Gálvez como espía. Cuando se enamora de Amelia Richmond, hija de un peculiar negociante inglés, los riesgos que el joven estaba dispuesto a correr en defensa de los intereses de España se van a complicar con las exigencias del amor, el honor y la lealtad.

En la mejor tradición narrativa de aventuras, J. Pérez-Foncea vuelve a demostrar su especial habilidad para revivir los mejores momentos de nuestra Historia y aproximarlos al lector de hoy.

A mi hermana Belén, que con su gran sentido literario me ha ayudado decisivamente a la culminación de esta obra.

Escenario de operaciones en la Guerra de la
Independencia
de Estados Unidos (1775-1783).



PRÓLOGO

Al terminar de cepillar mi magnífico alazán le di un par de palmadas en el lomo. Era un animal especialmente inteligente y cariñoso. Por eso no me sorprendió que correspondiera con un suave relincho de despedida. Lo que en cambio sí que me extrañó fue encontrarme a mi padre a la salida del establo. Al parecer, llevaba ya un buen rato observándome, esperando a que acabara mi trabajo. Acodado sobre la puerta de la caballeriza daba las últimas caladas a un puro habano. Lo interpreté como una señal clara de que trataba de calmar sus nervios.

–¡Hola, padre! –le saludé. Tenía yo por aquel entonces unos catorce o quince años.

–Tu madre me envía a darte una noticia.

Enseguida adiviné de qué se trataba:

–Entonces... ¿es verdad? ¿Nos vamos?

–Sí, esta vez no hay duda, en muy pocos días saldremos hacia Cuba.

En un primer momento no supe muy bien si debía alegrarme o entristecerme. Pues, por un lado, me apenaba mucho abandonar mi ciudad natal, y por otro, me atraía conocer tierras nuevas y, muy especialmente, la isla de Cuba, de la que tantas cosas maravillosas había oído decir.

Pero mucho antes de que tuviera tiempo para aclarar mis ideas, mi padre me explicó que no éramos nosotros solos los que nos íbamos, sino la entera población española de San Agustín, pues todo el territorio de la Florida, y

con él nuestra ciudad, iban a pasar muy pronto a manos británicas.

Esa sí que era una gran desgracia: San Agustín ostentaba el honor de ser la primera ciudad fundada por europeos al norte del Golfo de México^[1].

Y desde el día de su fundación, hacía ya casi doscientos años, había pertenecido ininterrumpidamente a la Corona española... hasta aquel desgraciado momento.

—Cuando terminemos de comer —continuó mi padre—, quiero que me ayudes a ir llenando los baúles. Y tendrás que preguntar a tu madre cuáles son los muebles que nos vamos a llevar.

—¿Tanta prisa hay?

—Sí, hijo. Y cuanto antes tengamos todo preparado, mucho mejor.

Lo que había ocurrido era que, para nuestra desgracia, España había entrado tarde y mal, sin la debida preparación, en una guerra que en realidad ni le iba ni le venía, y que, por si fuera poco, estaba a punto de terminar.

Pero, como tantas veces me ha enseñado después la vida, cuando las cosas se hacen con precipitación, más aún en cuestiones de tanta envergadura, suelen salir mal. Y eso fue precisamente lo que ocurrió, que salieron mal. Muy mal.

Se trataba de la guerra de los Siete Años^[2], en la que los dos contendientes principales, Gran Bretaña y Francia, se estaban jugando sus posesiones en Norteamérica y en la India.

Hacia el final de la contienda, en 1762, Francia se estaba viendo desbordada por los ingleses. Y, en un intento desesperado por evitar lo inevitable, acudió a España en petición de ayuda.

Nuestro rey don Carlos III, por su parte, no podía permanecer pasivo. No olvidemos que Luis XV y Carlos III eran primos. Por eso accedió a intervenir.

Pero los ingleses, metidos de lleno en la contienda y bregados desde mucho tiempo atrás, supieron aprovechar muy bien el hecho de que a los españoles la guerra nos cogiera poco preparados.

Atacaron y conquistaron las ciudades de La Habana y de Manila, consiguiendo un tremendo golpe de efecto, a la vez que una tremenda humillación para nosotros.

Como lógica consecuencia, en España surgió un indignado movimiento ciudadano deseoso de continuar la lucha, ya no solo como medio de ayudar a los franceses, sino, sobre todo, porque había que recuperar lo perdido. De hecho, nuestros soldados pronto lograron confinar a los ingleses en el interior de Manila, imposibilitándoles cualquier intento de extenderse hacia otros puntos de las Filipinas.

Pero, llegados a este punto, Francia estaba ya completamente desengañada y cansada, y lo único que deseaba era poner punto final a un conflicto que duraba ya demasiado tiempo.

El rey Carlos volvió a atender a las peticiones de su primo Luis XV, y se avino a las conversaciones de paz, que culminaron con el Tratado de París del 10 de febrero de 1763, es decir, firmado a los pocos meses de nuestra extemporánea y desdichada entrada en el conflicto.

Para los franceses el acuerdo se alcanzó a costa de inmensas cesiones, pues hubieron de entregar a Gran Bretaña nada menos que el Canadá, la isla de Cabo Bretón, la mayor parte de sus posesiones en la India, el Senegal y la isla de Menorca.

Por si fuera poco, en justa compensación por los perjuicios ocasionados a España, Francia nos cedía la Luisiana, un inmenso territorio que, comenzando en Nueva Orleans (su capital) por el Sur, llegaba a adentrarse en el Canadá por el Norte, abarcando una enorme extensión de espacio al Oeste del río Misisipi^[3].

Con esta derrota Francia quedaba definitivamente apartada de la lucha colonial en el norte de América.

Pero la paz tuvo también su parte negativa para España, ya que, a cambio de la recuperación de La Habana y de Manila, don Carlos III hubo de aceptar las duras condiciones que nos impusieron los británicos.

Estas consistían en la renuncia a nuestras pretensiones de pesca en Terranova, el sometimiento de los conflictos marítimos al dictamen de los tribunales de la Gran Bretaña, el consentimiento de que los ingleses siguieran cortando palo en Honduras (a condición de que demolieran las fortificaciones que habían levantado en sus factorías), la entrega de las colonias de Sacramento y de Almeida a Portugal, así como, por último, la dolorosísima cesión a los británicos de la Florida, con el fuerte de San Agustín, la bahía de Pensacola y los territorios al Este y Sudeste del río Misisipi^[4].

1

No nos resultó fácil a los Salazar la salida de San Agustín. Mis padres no podían olvidar que sus tres hijos menores, muertos todos ellos a muy temprana edad, quedaban enterrados allí.

Solo yo les quedaba con vida.

Tampoco iban a resultarnos fáciles los inicios en La Habana.

Pudo tal vez influir el clima, que en Cuba era notablemente más caluroso y húmedo que en el Norte de Florida, en donde se encuentra San Agustín. Pues aunque mi madre siempre había afirmado que le gustaba el trópico, y que el calor no le molestaba, lo cierto es que había nacido y se había criado en Quebec. En cualquier caso, antes de cumplirse nuestro primer año en la isla, comenzó a manifestar algunos síntomas preocupantes. El médico que la atendía, el doctor Guedes, le diagnosticó del mal de la «melancolía»: una especie de profunda e inmensa tristeza que, lejos de desaparecer, terminó por consumirla por completo, hasta conducirla a su temprana e inesperada muerte.

Para mi padre y para mí su pérdida supuso un durísimo golpe. A partir de entonces hubimos de esforzarnos por aprender a vivir solos. Pero huelga decir que, por mucho que nos esforzáramos, el ambiente en casa nunca podría volver a ser el de antes. El hueco tan grande que había dejado mi madre era imposible de llenar. Por eso, de manera tal vez inconsciente, ambos tratamos de buscar refugio

para nuestras penas en el trabajo. Durante los tres o cuatro años siguientes nos entregamos de firme al cuidado de nuestras tierras, logrando hacer de ellas una auténtica plantación.

De hecho las tareas en el campo me sentaron bien. Poco a poco dejé de ser un muchacho y, casi sin darme cuenta, me vi convertido en un hombre. Ensanché de hombros y rebasé ampliamente la estatura de mi padre que, por contraste, envejecía prematuramente. Y, ya que he empezado a describir mi aspecto físico, terminaré diciendo que tenía el pelo negro y los ojos azules, de un color casi idéntico al de mi recordada madre.

Pero no todo en mi vida de aquel entonces se reducía a trabajar. Recuerdo que comencé a cortejar a una bella joven –Laura se llamaba–, que también provenía de San Agustín. Puede decirse que fue con este incipiente amor con el que comencé a recuperar la ilusión y la alegría de vivir.

Y, sin embargo, de modo completamente inesperado, la desgracia volvió a presentarse en nuestra vida: mi padre había contraído la fiebre amarilla.

Me prometí a mí mismo que de ninguna manera le dejaría morir, que haría todo lo posible y lo imposible por salvarle. Pero, por grande que fuese mi amor hacia él, ni el doctor Guedes ni yo pudimos hacer nada por salvarle.

Para colmo de desdichas, la muchacha de la que había comenzado a enamorarme, temerosa de que yo también me hubiera contagiado de la enfermedad, terminó por rechazarme.

Yo seguía siendo todavía muy joven. Por eso acusé en lo más hondo de mi ser tantos y tan continuados golpes. Hasta el punto de que se me hizo prácticamente imposible seguir viviendo en aquel lugar en donde había sufrido tanto. Era cierto que en aquella tierra estaban enterrados mis padres, y que era mi único hogar en el mundo. Pero, a

la vez, se había convertido en un lugar cargado de recuerdos dolorosos. Demasiado dolorosos.

Por eso decidí volver a emigrar: vendería las tierras, a pesar de que sabía muy bien que no lograría obtener su verdadero valor, y me marcharía de Cuba.

Enseguida me entusiasmé con la idea de instalarme en Nueva Orleans. Al fin y al cabo, la ciudad, capital de la Luisiana, había pasado recientemente a manos españolas y, por lo tanto, desde ese punto de vista yo seguiría estando «en casa».

El idioma tampoco resultaría un problema para mí, pues hablaba el francés, que había aprendido de labios de mi madre, con la misma soltura que un nativo de Quebec.

Bastaron estas sencillas consideraciones, unidas a mi natural entusiasmo juvenil, para que, en apenas unas semanas, tan pronto como hube liquidado los últimos asuntos que me ligaban a la isla, me viera de nuevo embarcado con rumbo hacia el continente.

Navegaba solo, pero cargado de ilusiones, en dirección a la que en aquel momento era la ciudad de mis sueños.

La Nueva Orleans que me encontré al desembarcar era una plaza de algo más de cinco mil habitantes. Si además le añadimos sus asentamientos vecinos, la población era mucho mayor. Pero era, sobre todo, una ciudad palpitante, llena de vida, y en muy rápido crecimiento.

Llave del golfo de México y Puerta de América, su mezcla de razas y culturas le confería un ambiente único: variado y cosmopolita, sin por ello llegar a perder su clara fisonomía latina.

Las casas, predominantemente de madera, guardaban una bella armonía sureña^[5].

Sin darme cuenta, caminaba con los ojos abiertos como platos, sorprendido a cada paso ante la novedad de lo que veía y oía. A pesar de haber nacido a no mucha distancia de allí, todo me resultaba desconocido.

Me quedé literalmente boquiabierto ante el bullicioso cuadro que se abría ante mí, compuesto por traficantes, granjeros, militares, marinos, hacendados, aventureros, corsarios, colonos, mercaderes, cazadores, tramperos, indios, negros, españoles, franceses, criollos...

Un panorama inmenso y prometedor que no me decepcionó en absoluto. Era incluso más de lo que había esperado.

Quise dedicar aquel primer día a deambular por las calles. Quería explorar las posibilidades de la plaza antes de lanzarme a buscar un empleo.

Todavía no era consciente de la fuerte resistencia que el gobernador español de la Luisiana, don Antonio de Ulloa, estaba encontrando a la hora de imponer su autoridad entre los criollos de origen francés.

Ulloa todavía carecía de los medios económicos y militares necesarios para hacerse con el control de aquel inmenso territorio: se encontraba a la espera de los auxilios que debían llegarle precisamente desde Cuba. Y, mientras tanto, el valiente científico –pues lo era– capeaba el temporal como mejor sabía y podía, en medio de no pocas dificultades.

Como digo, nada conocía yo de todo esto, si bien, como era de esperar, no tardé mucho en recibir las primeras señales.

Pues mientras caminaba todavía maravillado, casi extasiado, por las calles, oí decir a mis espaldas:

–¡Hay que echar a Ulloa y a todos los españoles de aquí!

–Sí, y cuanto antes mejor: ¡los echaremos a patadas, si es necesario!

Me volví en un acto reflejo, temeroso de que tan duras palabras se estuvieran dirigiendo hacia mi persona, pero enseguida pude comprobar aliviado que no se trataba más que de un par de borrachos. El alcohol ayudaba a esos infelices a dar rienda suelta a sus personales demonios interiores.

De cualquier forma, no dejó de sorprenderme la evidente muestra de hostilidad que demostraban hacia mis compatriotas.

Tratando de quitar importancia al asunto, continué caminando a lo largo de la Rue de Chartres, una de las más céntricas avenidas de la ciudad, flanqueada a ambos lados por elegantes edificios de estilo colonial francés.

En la esquina de una de aquellas casas atrajo mi atención el pintoresco letrero de una de las tabernas que abundaban en la zona. Llevaba el nombre de Chez Lafitte. Me dije que ahí dentro bien podría entablar conversación con algún parroquiano achispado. Siempre los hay dispuestos a hablar, y a proporcionar toda la información requerida por algún esforzado caballero dispuesto a soportar su aliento aguardentoso.

Sin pensarlo dos veces, bajé decidido las escaleras de entrada al establecimiento. Nada más cruzar el umbral, me vi completamente envuelto en un denso olor a vino. En el interior de la gran sala que componía el local, mal iluminada y peor ventilada, se congregaba una clientela de lo más variopinta.

Mientras mis ojos se iban acostumbrando a la débil penumbra, traté de distinguir el aspecto de las gentes allí reunidas. Enseguida reparé en un tipo que se mantenía acodado a la barra en silencio, sin charlar con nadie, limitándose a observar y a escuchar.

¿Quién sería? Su actitud era de lo más extraña. Cualquiera que no estuviera borracho –lo cual era ciertamente difícil de encontrar en aquel tugurio– y que se fijara un po-